

12 DE OCTUBRE

TRES NAOS

Por el Atlántico, "La Pinta",
"La Niña" y "La Santa María"...
y el Genovés, el corazón en alto,
frente al amargo pesimismo
de la marinería...

Muchas horas de dudas;
de torvo desaliento, muchos días.
Y, al fin, Rodrigo de Triana
grita eufórico: "¡Tierra!",
agrandadas de asombro las pupilas...

Se arriba a un nuevo mundo.
Clava Colón sobre la arena fina
de la playa
la humilde Cruz de Cristo
y el pendón de Castilla...

Con Colón va la lengua de Cervantes...
Y, después, las suaves leyes de Indias,
las luces del progreso,
la paz y la concordia
y del cristiano amor la amplia sonrisa.

Con celoso tesón la madre España
echa en los surcos la semilla...
Es fecunda su siembra
y la cosecha espléndida
porque a la esteva el amor guía...

12 de Octubre. Hispanidad.
Gesta de España
limpia y ejemplarísima.
Gesta sublime de tres naos
a través de la mar embravecida.

Madrid, 1960

JOSE MAQUEDA ALCAIDE
De la Academia Hispano-
americana Zenith

Cáceres y las falsas etimologías

Por CARLOS CALLEJO SERRANO

A micus Plato, sed magis amica Veritas... Esta frase debería estar escrita en lo alto de todas las páginas a rellenar por cuantos se dedican a escribir sobre temas de Historia. La Verdad es en el historiador lo mismo que el *Juramento Hipocrático* en los médicos o la bandera en el militar, es decir, precisamente, el punto de honor profesional. Por desgracia no se ha comprendido este principio en todas las épocas y el resultado es la enorme cantidad de fabulosa hojarasca de que están llenos los libros de Historia, en los cuales, el investigador escrupuloso debe andar pinzas en mano como un cirujano en las entrañas de un cuerpo, y a veces, no bastando esto, hay que dejar a un lado los tratados e irse a las puras fuentes prístinas.

Las etimologías de los nombres de poblaciones y de personas han sido unos de los más vastos campos para la imaginación fértil de los escritores de ancha conciencia. En el siglo XVII se inventaron montañas de ellas, la mayoría desprovistas del más pequeño fundamento serio; y contra la opinión y los continuos avisos de los especialistas todavía se mantienen muchas a ciencia y conciencia de su falsedad, porque todo el que escribe es reacio a silenciar algún título que crea favorezca o ennoblezca al pueblo o ciudad donde nació, aunque le conste que algunos de estos títulos son falsos.

La mayor parte de estos infundios etimológicos fueron forjados en nuestra patria, como he dicho, en el siglo XVII o fines del XVI. Por un lado la empachosa clasicofilia de la época del Renacimiento, para lo cual carecía de valor histórico todo lo que no fuera Roma y Grecia e ignoraba por completo lo ibérico, lo visigodo y lo árabe. Por otro lado el afán de algunos escritores eclesiásticos —realmente en la época pocos investigadores no lo eran— de buscar santos antiguos para sus diócesis y parroquias llenó nuestros libros de un verdadero mundo de fábulas y errores. Muchos de estos escritores procedían de buena fe y tenían una estimable categoría científica, habida cuenta de que en aquel tiempo la investigación estaba en mantillas y apenas existía la crítica. Una natural autosugestión, muy corriente en el que practica la excitante actividad investigatoria (y de la que no están a veces libres los escritores modernos) convierte los meros indicios en hechos sólidos y las puras hipótesis en verdades demostradas si con ello se favorece el fin que el historiador va buscando. Sin embargo, en no pocas ocasiones, algunos de aquellos autores die-

ron pruebas de poca honradez profesional, falseando a su antojo textos romanos, cuando no inventando de pies a cabeza otros nuevos, como hizo el tristemente famoso Fray Román de la Higuera.

La tarea de desprenderse de estos mitos no es fácil, pero hay que acometerla con sinceridad y sin muchas consideraciones. Existen, sí, una serie de bellas y piadosas leyendas, no confirmadas del todo por la Historia —lo que no quiere decir que sean enteramente falsas— que deben conservarse por piadosas y por bellas, bien que haciendo constar siempre su condición legendaria. Pero las falsas etimologías no son ni bellas ni piadosas. No son más que ficciones amañadas con el único objeto de halagar a una población pretendiendo darle prestigio y logrando precisamente el efecto contrario. Nada da a un maestro o especialista de categoría nacional o internacional un concepto más pobre de un país, región o pueblo como el escuchar a los eruditos locales que el tal pueblo lo fundó Alejandro Magno, César o el Preste Juan, no habiendo rastro alguno serio de tal especie.

Apenas hay población de España que no tenga su correspondiente mito etimológico, mediante el cual resulten sus fundadores los griegos, los romanos, los fenicios y hasta los patriarcas bíblicos. Tenemos, por ejemplo Badajoz, cuyo mito se llama *Pax*. Todavía en 1934 se decía en la primera revista científica extremeña que la indiscutible atribución de la *Colonia Pax Julia Augusta* a Beja, era una «patraña de los portugueses» y ello apoyándose en un autor tan supinamente desacreditado como Solano de Figueroa. Es verdad que a los pocos meses la misma revista trajo cumplida rectificación por boca del ilustre sabio Leopoldo Torres Balbás. De todas maneras, por más que historiógrafos e investigadores lo prohíban, parece ya imposible que dejemos de llamar *pacense* a todo lo relativo a la gran capital del Guadiana. La costumbre puede más y aquí se repite el caso de América, erróneamente bautizada y sin posible restitución (1).

En Plasencia, el mito es *Ambracia*, palabra inventada igualmente el siglo XVII para demostrar que los helenos de la ciudad griega así llamada fueron los verdaderos fundadores de la aldea de Ambroz sobre la que Alfonso VIII levantó la bella ciudad del Jerte. Fray Alonso Fernández advocó la especie en 1627, con más entusiasmo del que podría esperarse de un docto historiador y el resultado es que habrá Ambracia todavía para muchos años, a pesar de que se sabe perfectamente que el topónimo *Ambroz* es una palabra árabe.

El mito de Trujillo es casi gracioso. Un copista varió el texto de Plinio en el conocido pasaje que nos habla de la *Colonia Norbensis Caesarina* y de sus *contributae Castra Caecilia* y *Castra Servilia*, poniendo en lugar de esta última, *Castra Julia*. En seguida *Julia* se reputó como antecedente del *-jillo* de Trujillo. El *Tru-* se extrajo de una hermosa torre más tarde derruida que se supuso romana com-

(1) Badajoz no empieza a sonar hasta la época árabe, en el siglo IX, pero el nombre no es árabe como siempre se creyó. Menéndez Pidal le da una contextura ibero-ligur y en tal caso tendríamos un topónimo antiquísimo, acaso anterior en un milenio a la venida de los romanos. Como en el caso de Trujillo, los fabricantes de ejecutorias romanas, lo que han hecho es rebajar la antigüedad del solar.

poniendo así la frase *Turris Julia* y dando esta etimología a la patria de Pizarro. *Castra Julia* no existió nunca y la torre era románica y no romana, del siglo XIII cuando más. Y lo mejor es que Trujillo es una de las contadas poblaciones que tienen la suerte de conservar su nombre celtibérico (*Turgalium*) con poca modificación, hecho para ella mucho más honroso que su falsa fundación por Julio César (2).

He tomado estos ejemplos de Extremadura, por más próximos al que escribe y al que lee, pero inútil es decir que lo mismo pasa en toda España. No hace mucho leí en un gran diario de Madrid a un señor que afirmaba muy seriamente que la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena, era la más antigua de España, porque se remontaba a los tiempos apostólicos (!) ¿qué diría de ésto el padre García Villada y sin subir tanto cualquier joven bachiller que sabe perfectamente que la primera mención de Madrid es del siglo X y que antes no existe rastro de semejante población?

Sería lamentable que alguien creyera que estas líneas están animadas de furor iconoclasta. Y además de lamentable sería gracioso, pues a su autor precisamente se le suele tildar de excesivamente tradicionalista. Esto último es bueno cuando se trata de defender conceptos que son o que deben ser inmutables: la Fe, la Justicia, la Belleza. Pero la Historia no está entre estas cosas inmutables y por tanto debe ser objeto de evolución y de modernización. El secreto del historiador consiste especialmente en manejar hechos antiguos con criterio investigativo e inductivo moderno. La modernización histórica es el resultado del continuo hallazgo de monumentos y escritos antiguos y de la aplicación de una crítica racional y sana a su compulsión. La consecuencia de esta modernización es una sola: acercarse más y más a la verdad. Todo lo que se interponga en este camino debe ser abatido aunque resulte halagador para nuestro país o pueblo, pues positivamente vale más una modesta ejecutoria auténtica que una fabulosa hazaña falsa. Y en todo caso, aunque Platón sea nuestro amigo, mucho más amiga debe ser la Verdad.

Aunque parezca raro, Cáceres no ha tenido mito etimológico hasta fines del siglo XIX. Bien es verdad que en la época de los falsos eruditos no faltó quien hiciera derivar su nombre de *Casa de Ceres*, relacionándolo con la conocida estatua de supuesta atribución a esta diosa. Pero la especie era tan grosera que en el mismo siglo XVII estaba en descrédito, apoyándose la mayoría de los autores en el topónimo *Castra Cecilia*, de indudable conexión con nuestra ciudad, si bien no explicaban la forma en que aquellas dos palabras habían producido la de *Caceres*. La opinión fué general hasta que a fines del siglo XIX, el famoso epígrafista alemán Emilio Hübnér, confirmando la opinión de otros escritores nacionales y regionales —entre ellos Pedro de Ulloa y Golfín, del siglo XVII— demostró que la ciudad

(2) Considero indestructible la escalera etimológica *Turgalion* = *Turgalium* (formas clásicas), *Toryela*, *Turyelo*, *Turyiloh* (formas árabes), *Truxiello*, *Truxillo*, *Trujillo* (formas romances).

fuerte de Cáceres fué la *Colonia Norbensis Caesarina*. Esta hipótesis adquirió certeza difícilmente borrable en 1930, al encontrarse en la muralla la lápida dedicada por la Colonia dicha a su *patrono* Lucio Cornelio Balbo. La natural alegría de esta atribución hizo que la dependencia histórica de Castra Cecilia pasase a segundo término y entonces fué cuando se echó a rodar la famosa etimología de *Los Alcázares*, que por un inexplicable colapso de los que a veces sufren las mentes más claras fué admitida por el mismo Hübner en su célebre artículo publicado en el número 1 de la *Revista de Extremadura*, en 1899.

Desde entonces, todo el que ha escrito sobre Cáceres ha ido a buscar la etimología de su nombre en «la conocida palabra arábiga Alcázares». Ahí han coincidido los eruditos y el vulgo en una interminable cadena que comienza en los libros más serios y concluye en los artículos de divulgación, los folletos de Turismo y las guías de Feria. La hipótesis ha pasado de autor a autor sin que nadie la examinase con detención. Sólo existió una tímida objeción por parte del docto Publio Hurtado, quien expresó su opinión de que a él más bien le parecía que el moderno nombre de la ciudad provenía del topónimo *Cazires*, con que José Antonio Conde, en sus traducciones de libros árabes, denominaba a la ciudad.

Pero el fetichismo intelectual a lo extranjero, tan arraigado en nuestra patria, impidió que nadie osase contradecir lo que propuso Hübner, menos aún cuando Mérida en su *Catálogo Monumental*, lo recogió íntegramente. Lo más que se logró es que algunos autores mencionaran la palabra *Cazires* al lado de la de *Alcázares*, sin intentar explicar siquiera la genealogía etimológica en que entrasen ambas. «Los árabes la llamaron *Cazires* y de la voz *Alcázares* derivó al español el nombre de Cáceres», hemos leído cien veces.

El enfrascarse en un estudio a fondo del topónimo Cáceres y su origen era ya una necesidad urgente y, convencido de ello, me he puesto a este trabajo con la mejor voluntad, que ojalá haya estado vinculada al acierto. El resultado de este estudio, que no tardará, espero, en ver la luz en un tomo independiente puede condensarse en esta proposición: «NI ALCAZARES NI CAZIRES». Estos dos vocablos deben verse en lo sucesivo proscritos en todo trabajo que verse sobre el origen de Cáceres. El primero de ellos es un disparate enorme; el segundo, una forma errónea aunque ciertamente acercada a la verdad.

Solemos leer en los libros que los musulmanes, al conquistar nuestra población y ver que contenía muchos palacios, la llamaron «Alcázares». En esta aseveración no hay una sola letra verídica. Los árabes no encontraron aquí sino una pequeña aldea junto a los restos de unas murallas. No pudieron ponerle por nombre «la conocida palabra arábiga *alcázares*», por la sencilla razón de que esta palabra no es arábiga, sino castellana, plural de otra palabra castellana también, aunque provenga del árabe. El error está en creer que en la lengua de Avicena el plural de la voz *Al Qazr*, que dió origen a nuestro *alcázar*, es *Al Qazres*. Error garrafal porque en árabe *Al Qazres* no

es nada. El plural de *Al Qazr* es *Al Quzur*. En este idioma los plurales no terminan en S como en las lenguas romances y en algunas declinaciones del latín.

Aparte de este argumento positivo de aplastante valor, hay otro negativo que no pesa menos. Jamás en documento alguno, ni en ninguna inscripción, ni en ningún libro, en árabe, en latín, en castellano ni en ninguna lengua, se ha encontrado a Cáceres designado bajo la forma *Alcázares*. Los más antiguos documentos cristianos la denominan ya *Cáceres* o *Cázeres*. Y la más antigua cita árabe de la ciudad hallada por mí y hasta ahora inédita, que corresponde a la época califal, siglo X, la llama *Qazrix*, *Qaxrex* o *Qazrax* (la pronunciación de las vocales es en árabe muy variable) sin rastro alguno de artículo *al* y terminando claramente en la consonante *xin*. Como todos sabemos, en el siglo X no existía aun el castellano como idioma ni por tanto la voz *alcázar* ni su plural *alcázares*.

Respecto a la forma *Cazires* o *Kazires*, su error consiste principalmente en el acento, que se debe cargar (si se admite como nombre árabe de Cáceres) resueltamente sobre la A y nunca sobre la I. Esta versión se debe a J. A. Conde, arabista del siglo XVIII y el primero que escribió una historia de la España musulmana sacada de las propias fuentes árabes. Conde escogió, como vocalización del topónimo que leía en *Al Idrisi* y otros autores islámicos, escrito QAZRX, esta forma: *Kázires*, vocalizando con una I la segunda sílaba y con una E la tercera, y convirtiendo el *xin* en una simple S. Pero el docto arabista no pudo escribir jamás *Kazires*, pues sabía que la única vocal fuerte era la A y las otras dos breves, caso de que existieran. Fueron los tipógrafos, en una época en que las acentuaciones gráficas eran bastante arbitrarias los que gastaron la broma de poner *Kazires*. El resto es fácil de suponer. Sacada de la obra de Conde, tal cual viene la palabra impresa, ha corrido por todos lados como la que llevaba la ciudad en la época árabe. Nadie ha explicado por qué los leoneses, oyendo a los árabes decir *Kazires*, ellos pronunciaban *Cáceres*. Y nadie lo ha explicado porque, como todo hecho falso, no admite explicación.

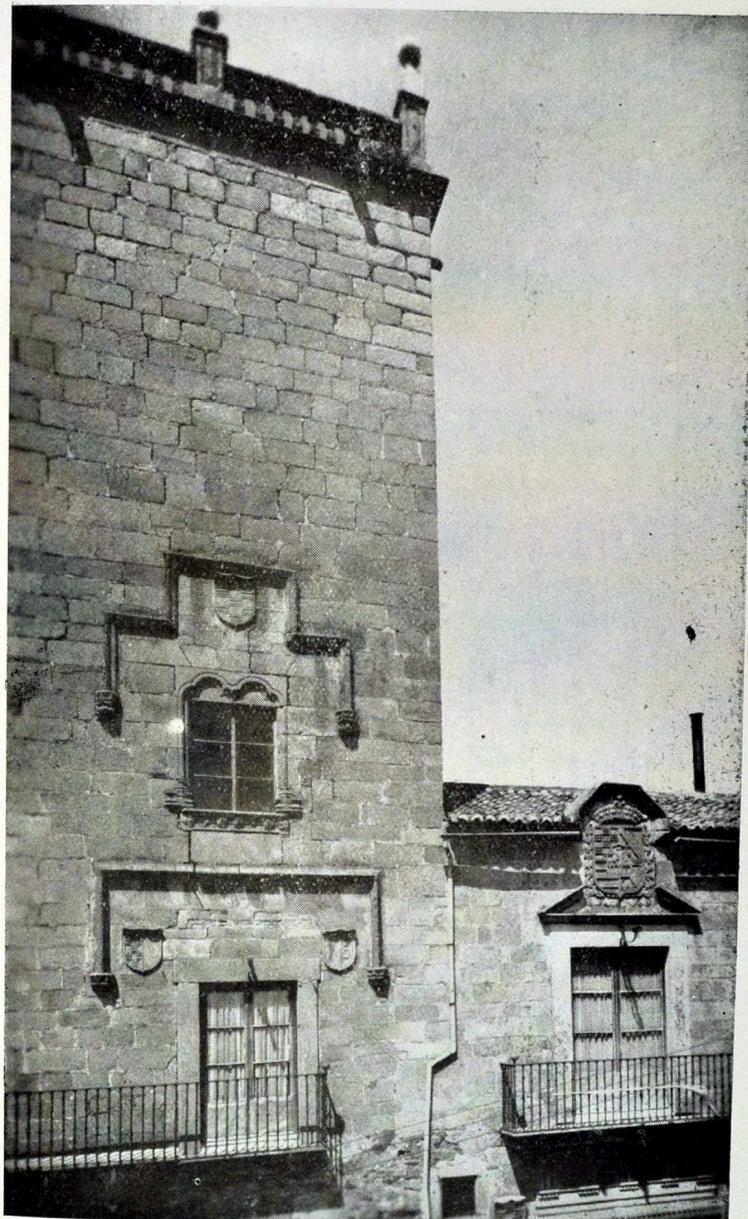
En resumen: Cuando se hable del origen de la noble ciudad y de su nombre no es posible mencionar la palabra *Alcázares* ni emplear la forma *Cazires*. El topónimo árabe, es variable como lo fueron casi todos en los largos siglos del dominio agareno, pero se reduce a estas formas: QAZRIX o más adaptado a nuestra fonética CAZRIS. Y si se quiere seguir a Conde, *Cázires*. Espero haber convencido de esto a quien haya tenido la paciencia de leer este trabajo; pero si así no fuese, le invito a que consulte mi obra «*De Norba a Qazrix y a Cáceres*», donde estos problemas se hallan desmenuzados y estudiados casi exhaustivamente, infiriéndose conclusiones autorizadas con más de ochenta obras consultadas.

El Cáceres árabe, hasta ahora en el más absoluto de los anónimos, por lo menos nos ha revelado una cosa: su nombre, y esto, aunque parezca poco es algo, comparado con la nada. Me daré por muy satisfecho si llevo a conseguir destruir el erróneo mito etimoló-

gico de la ciudad a la que he dedicado mis más caros estudios, cosa que considero, como ya he dicho varias veces, un homenaje y un servicio; sólo quisiera tener más éxito que el que ha acompañado a preclaros historiadores que destruyeron otros mitos acaso más disparatados y a quienes todavía, en 1960, inexplicablemente, se discute o por lo menos se procura por muchos escritores ignorarlos.



NOTA.—En la línea 3 de la segunda página de este trabajo (Página 48) corrija el lector *Fray Román de la Higuera*, que debe decir *Padre Román de la Higuera*.



ALBUM EXTREMEÑO. — Cáceres: Palacio de los Comendadores de Alcuéscar. (Foto Javier).